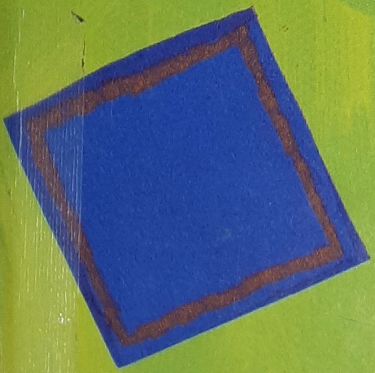


▼ POR
CUATRO
ESQUINITAS
▲ DE NADA ▲

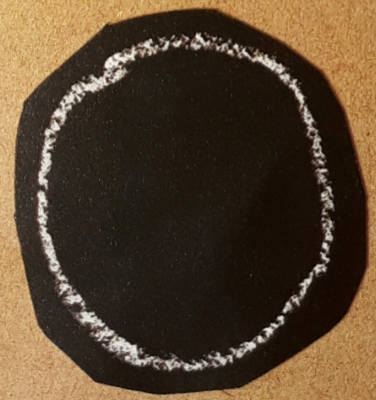


Jérôme Ruillier





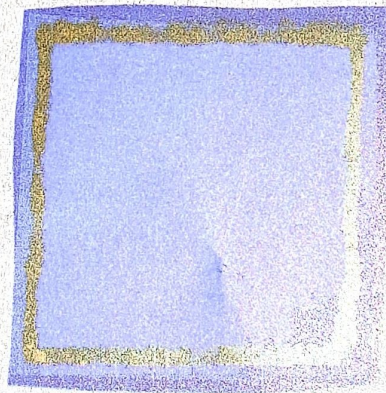
Cuadradito juega con sus amigos.





¡Ring! Es hora de entrar en la casa grande.



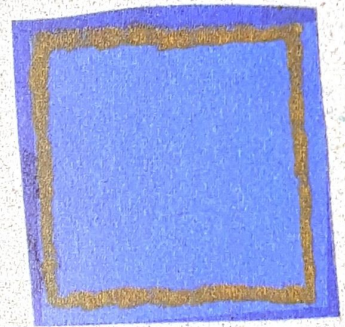


¡Pero Cuadradito no puede entrar!



No es redondo como la puerta.

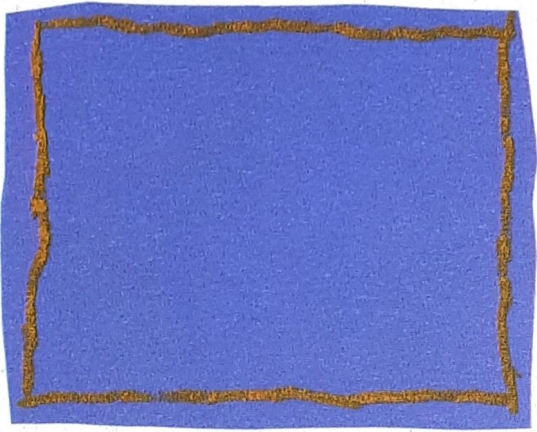
Cuadrado está triste.



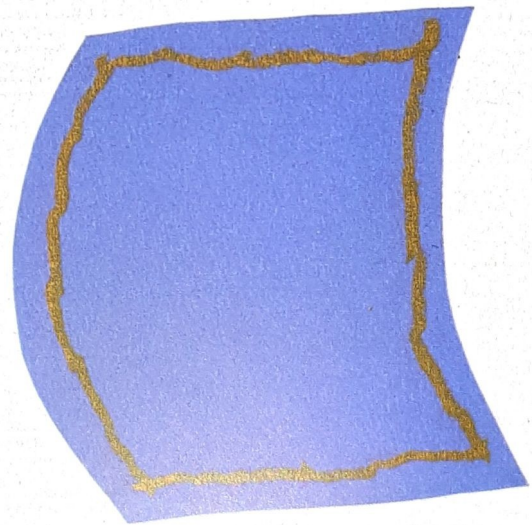


Le gustaría mucho entrar en la casa grande.

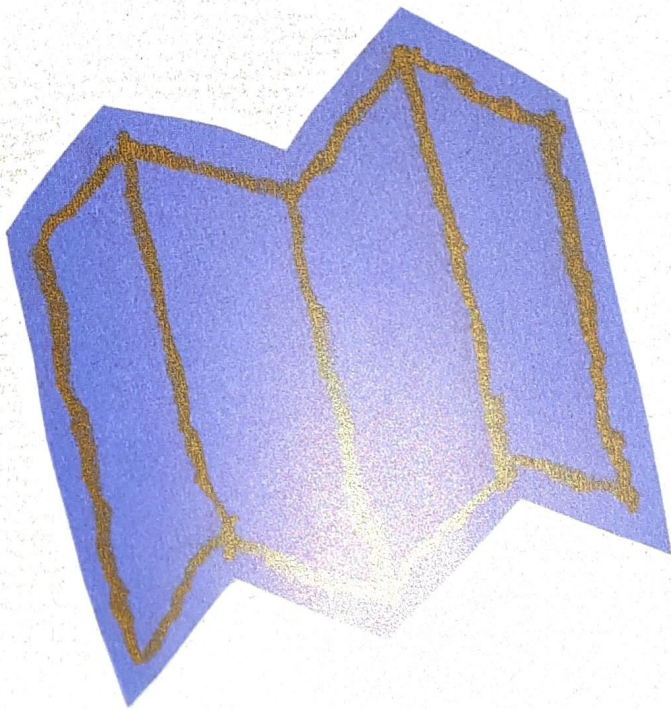
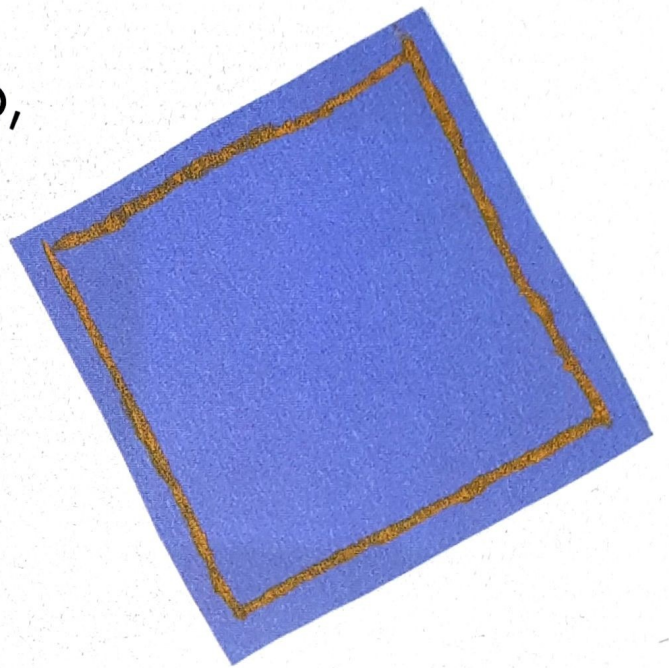
Entonces, se alarga,



se tuerce,



se pone cabeza abajo,

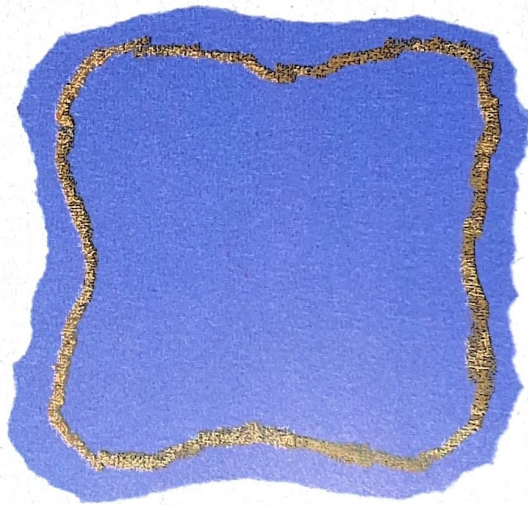


se dobla.

Pero sigue sin poder entrar.

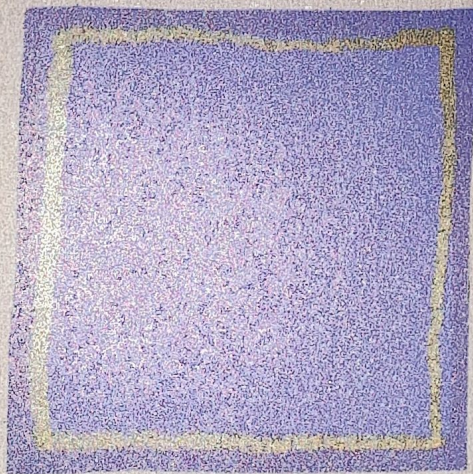


—¡Sé redondo! —le dicen los Redonditos.



Cuadradito lo intenta con todas sus fuerzas.

–¡Te lo tienes que creer! –dicen los Redonditos.
–Soy redondo, soy redondo, soy redondo...–repite
Cuadradito.



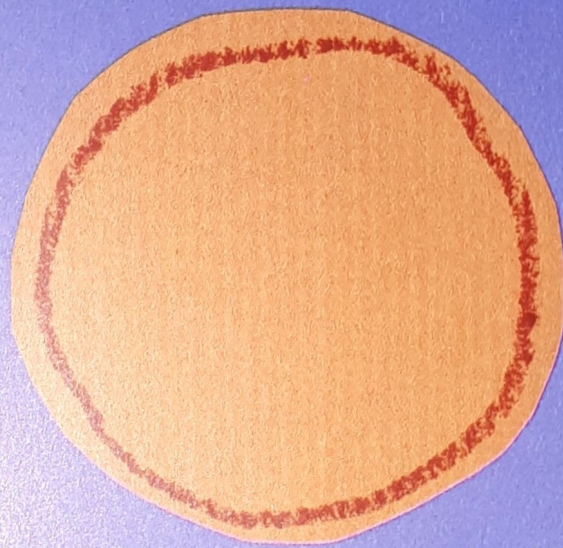
¡Pero no hay nada que hacer!



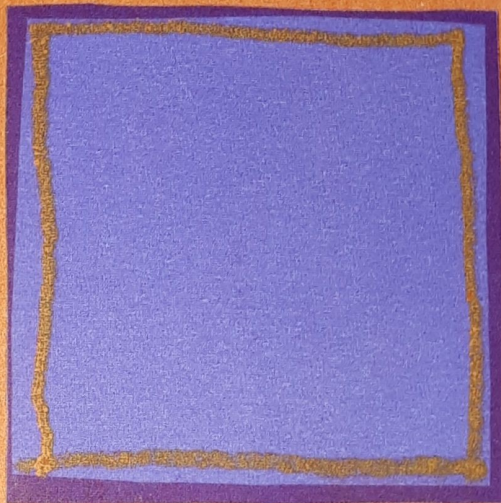
-¡Pues te tendremos que cortar las esquinas!
-dicen los Redonditos.



-¡Oh, no! -dice Cuadradito-. ¡Me dolería mucho!



¿Qué podemos hacer?



Cuadrado es diferente.
Nunca será redondo.

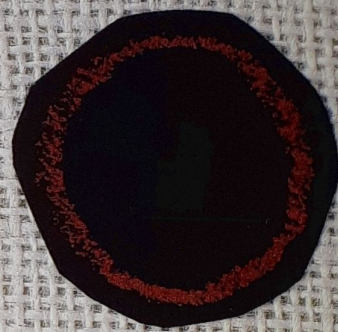


Los Redonditos
se reúnen en la sala grande.



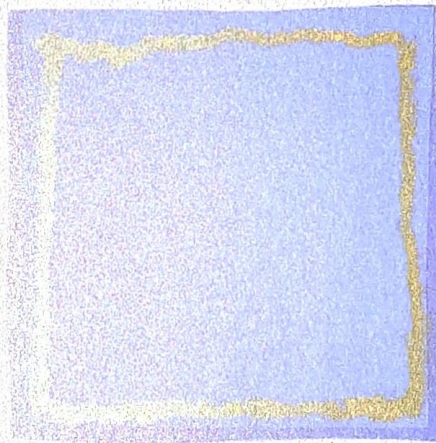
Hablan durante
mucho, mucho tiempo...

Hasta que comprenden
que no es Cuadradito
el que tiene que cambiar.

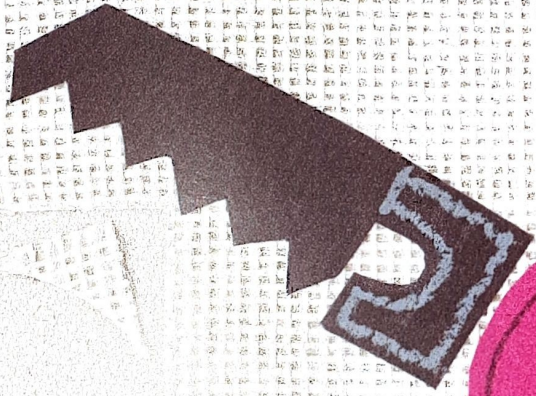




¡Es la puerta!



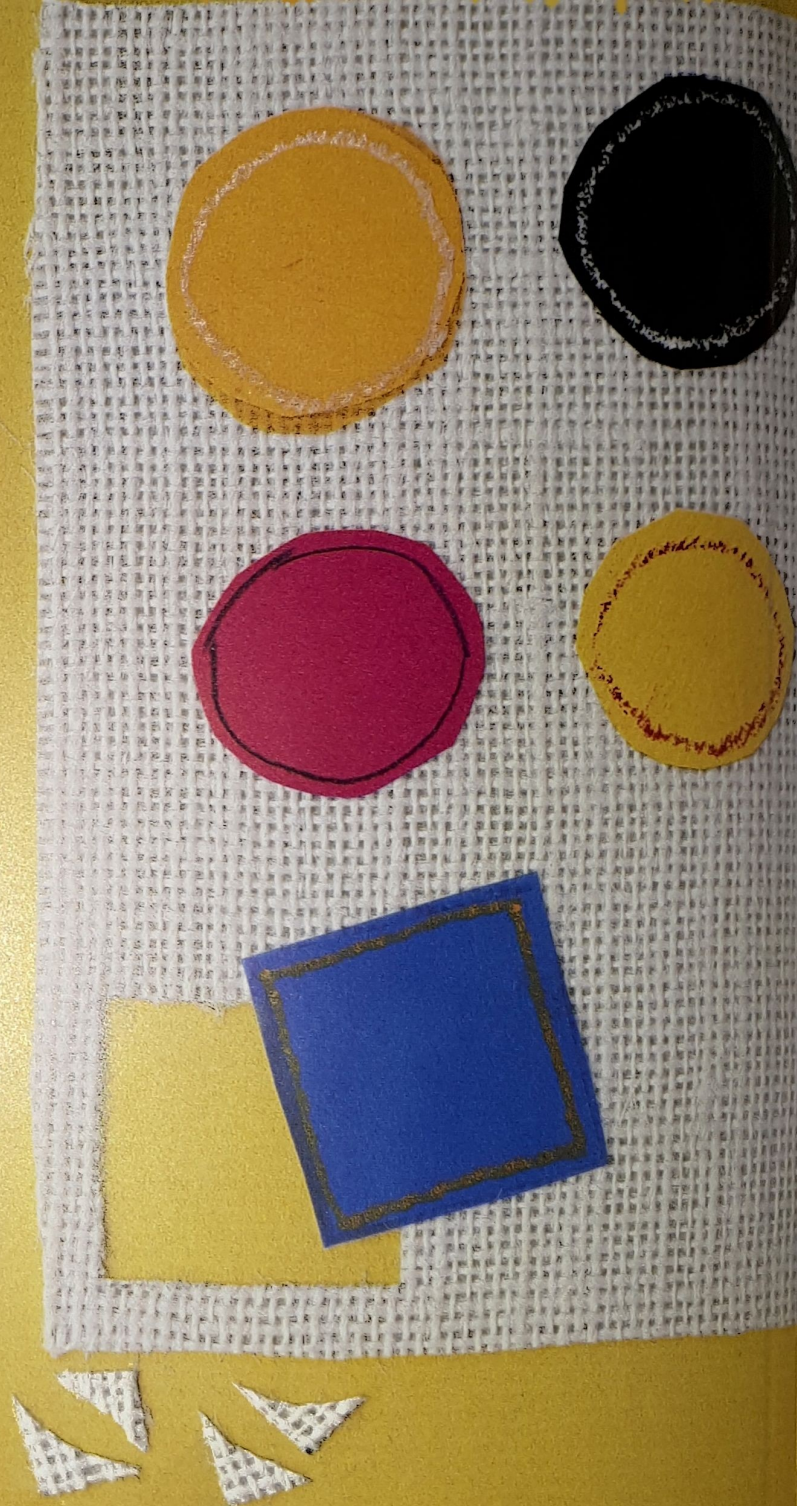
Entonces, recortan cuatro esquinitas,



cuatro esquinitas de nada...



que permiten
a Cuadradito...





entrar en la casa grande...

...junto a todos los Redonditos.

